

# Históricas Digital

Miguel León-Portilla

*Bernardino de Sahagún*

*Pionero de la antropología*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

1999

261 p. + [XLIV]

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 24)

ISBN 968-36-7064-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun\\_pionero/363.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/sahagun_pionero/363.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## INTRODUCCIÓN

Bernardino de Sahagún vivió cerca de noventa y un años, de 1499 a 1590. Un tercio de ellos los pasó en España y más de sesenta en México. Los de España fueron de formación. Los de México los dedicó básicamente a tareas de evangelización ya que, por encima de todo, era un misionero franciscano.

Ahora bien, en su actuación entre gente de estirpe nahua no se limitó a la enseñanza del mensaje cristiano, predicación, administración de los sacramentos y celebración de los oficios divinos. Otros dos géneros de tareas tuvo como indispensables. Una fue escribir en náhuatl obras para la enseñanza de los conversos. Otra, la que le ha dado mayor celebridad, consistió en investigar acerca de la cultura y la lengua de los que catequizaban él y sus hermanos de hábito.

En sus pesquisas procedió con un método considerado como precursor de las modernas investigaciones antropológicas. Auxiliado por antiguos estudiantes suyos que hablaban náhuatl, castellano y latín, confirió con ancianos y otros hombres sabios que, presentándole sus libros de pinturas y caracteres, le proporcionaron un gran conjunto de testimonios sobre los más variados aspectos de su cultura. Dichos testimonios, obtenidos en varios lugares, transcritos por sus estudiantes, y comparados luego entre sí, fueron objeto de prolongada atención de fray Bernardino. Por una parte, hizo acopio de información lingüística. Por otra, después de ponderar el contenido de los muchos testimonios allegados, se propuso distribuirlos en función de varios ordenamientos, a la luz de tres conceptos fundamentales: los referentes a los dioses, creencias y prácticas religiosas; los tocantes a “las cosas humanas”, y los que versaban sobre las realidades de la naturaleza. Dio allí mismo entrada a su enfoque de carácter lingüístico, dirigido a “sacar a luz los vocablos de esta lengua [el



náhuatl] con sus propias y metafóricas significaciones”, al igual que a las varias formas de construir las “frasis” en dicha lengua.<sup>1</sup> Finalmente, después de ocuparse en todo esto varios años, distribuyó la mayor parte de las que llamaba sus “escripturas”, es decir sus textos, en doce libros, con capítulos y párrafos a la manera europea. Produjo así una obra en que reunió pinturas y testimonios en náhuatl y complementó con una versión parafrástica al castellano, es decir no literal, y adicionada además en ocasiones con ideas suyas. Esa obra bilingüe se conoce hoy como *Códice Florentino, Historia general de las cosas de Nueva España*.

La aportación de Bernardino de Sahagún ha sido objeto de la atención de muchos investigadores, sin que pueda decirse que haya sido estudiada por completo. Un ejemplo de lo que no se ha hecho es comparar detenidamente los textos nahuas recogidos en varias etapas y lugares con lo que expresó él en su versión al castellano. Ello revelará los procedimientos que adoptó para presentar los resultados de sus investigaciones a sus posibles lectores europeos.

### *Apreciaciones críticas*

Desde varios puntos de vista, ha habido diferentes apreciaciones sobre la obra de Sahagún, en particular los textos nahuas que hizo transcribir a partir de la oralidad y los códices indígenas. Las apreciaciones se dirigen tanto a los propósitos con que investigó como al valor crítico de los testimonios que reunió. En tanto que se han ponderado los méritos del fraile y la importancia de esos testimonios, se ha juzgado también de otras formas su aportación. Mientras para no pocos su obra es la de un pionero en la investigación antropológica, para otros su trabajo nació viciado de raíz. Se aduce como argumento que sus pesquisas estuvieron dirigidas a identificar las que calificó de ideas y prácticas idólatricas de los nahuas para luego erradicarlas. Se recuerda así lo que él expresó acerca de su proceder cual si fuera un médico que

<sup>1</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, 2 v., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Alianza Editorial Mexicana, 1989, I, 33.

no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo sin que primero conozca de qué humor o de qué causa proceda la enfermedad [...]. Los predicadores y confesores médicos son de las ánimas; para curar las enfermedades espirituales conviene que tengan experiencia de las medicinas y las enfermedades espirituales [...]. Ni conviene que se descuiden los ministros de esta conversión con decir que entre esta gente no hay más pecados que borrachera, hurto y carnalidad [...]. Los pecados de la idolatría y ritos idolátricos y supersticiones idolátricas no son aún perdidos del todo.

Para predicar contra estas cosas, y aun para saber si las hay, menester es de saber cómo las usaban en el tiempo de su idolatría. Pues porque los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron [...] no tengan ocasión de quejarse de los primeros, por haber dejado a oscuras las cosas de estos naturales de Nueva España, yo, fray Bernardino de Sahagún [...], escribí doce libros de las cosas divinas, o por mejor decir idolátricas, y humanas y naturales de esta Nueva España.<sup>2</sup>

De su afán por erradicar la idolatría hablan varios escritos suyos incluidos en la versión castellana de su *Historia*, como uno intitulado “Confutación” y otro “Exclamación del autor”. En el primero arremete con gran fuerza contra los principales dioses del panteón de los nahuas, con expresiones como ésta:

También nos consta por vuestra propia relación, que vuestros antepasados adoraron y tuvieron por dios a un diablo que ellos llamaban Tláloc o Tlaloque Tlamacazqui [...]. A honra de este diablo y sus compañeros hacían gran fiesta [...] en el cual día mataban innumerables niños sobre los montes.<sup>3</sup>

Y, como si frente a tal práctica quisiera disculpar a los indígenas, acude como otros frailes, a la idea de la intervención diabólica: “Esta horrenda crueldad hacían [...] engañados por los diablos, enemigos del género humano, y habiéndose persuadido que ellos les daban las pluvias”. La referencia al Demonio aparece también en la “Exclamación del autor” que incluyó Sahagún después del texto sobre la primera fiesta llamada *Atlcahualo*:

Es cosa lamentable y horrible ver que nuestra naturaleza humana haya venido a tanta bajeza y oprobio que los padres, por sugestión

<sup>2</sup> Sahagún, *op. cit.*, I, 31.

<sup>3</sup> *Ibid.*, I, 71.



del Demonio, maten y coman a sus hijos [...]. La culpa de esta tan cruel ceguedad [...] no se debe tanto imputar a la crueldad de los padres, los cuales derramando muchas lágrimas y con gran dolor de sus corazones la ejercitaban, cuanto al crudelísimo odio de nuestro enemigo antiquísimo Satanás [...]. ¡Quitadle, Señor, todo el poder de empecer! [Dañar, causar perjuicio].<sup>4</sup>

Ahora bien —como ha sido notado por algunos estudiosos de las obras de Bernardino— éste hubo de dolerse años más tarde, hacia 1585, de que, a pesar de su arduo trabajo por dar a conocer las idolatrías de los indios para facilitar su identificación y extirpación, muchas perduraban. La razón de eso fue que los primeros frailes llegados a México habían dicho que en pocos años “esta gente había venido a la fe católica de la Iglesia Romana, que no había necesidad ninguna de predicar contra la idolatría porque la tenían dejada ellos muy deveras”.<sup>5</sup> Tal engaño se debió, según Sahagún, a que los dichos frailes y otros que los siguieron no se preocuparon por conocer las creencias e idolatrías de los indios. Por eso expresa que

es necesario para que este negocio se remedie que los confesores sepan los ritos idolátricos que antiguamente tenían éstos en sus sacramentos, como en sus sacrificios y supersticiones.<sup>6</sup>

Y después de enumerar las muchas creencias y prácticas idolátricas que a su parecer hasta entonces (1585) perduraban, añade que:

Estos errores ya dichos tienen aún muchos, y por mejor decir todos aquellos que aún tienen la fe idolátrica en el buche. Y en este libro que sigue [sobre el Arte adivinatoria] se contienen muchísimos errores idolátricos, los cuales aún tienen y creen, los que tienen la fe de los dioses antiguos y las ceremonias antiguas [...]. Por el mismo caso aprovechará también este libro para los que van de nuevo a convertir a los idólatras, para que no les hagan del cielo cebolla, o de la cebolla cielo.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> *Ibid.*, I, 106-107.

<sup>5</sup> Prólogo al “Arte adivinatoria que usaban los mexicanos en tiempo de su idolatría, llamada *Tonalámatl*...”, escrito en una segunda versión en 1585, en Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 382.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 384.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 386.



¿Podrá pensarse, a la luz de esto, que Sahagún consideró ya de avanzada edad —casi ochenta y seis años tenía cuando escribió lo anterior— que su trabajo había sido de poco provecho o del todo inútil? Y, ¿qué habrá que pensar acerca del valor de cuanto allegó en sus investigaciones? ¿Se invalidaron éstas por su actitud de poner al descubierto las idolatrías, a su parecer inspiradas por el Demonio? Hombre de su tiempo era Sahagún. Formado en un ambiente renacentista como el de la Universidad de Salamanca, en su propia mentalidad perduraban no obstante resabios medievales muy difíciles de erradicar.

### *Los juicios contradictorios*

Cosa grave debió parecer a Bernardino que, si muchos frailes mostraban poco aprecio por su trabajo, hubo algunos que llegaron a expresar juicios contradictorios entre sí acerca de él. Unos manifestaron —como ha vuelto a ocurrir recientemente entre algunos investigadores y otros que no lo son— que todo lo allegado por él distaba mucho de ser testimonio que debiera aceptarse como auténtico de la antigua cultura. Sahagún, que conoció este género de críticas, respondió a ellas en el prólogo al libro VI de su *Historia*:

En este libro se verá muy claro que lo que algunos émulos han afirmado que todo lo escrito en estos libros, antes y después de éste, son ficciones y mentiras, hablan como apasionados y mentirosos, porque lo que en este libro está escrito no cabe en entendimiento humano de hombre humano el fingirlo, ni hombre viviente pudiera fingir el lenguaje que en él está.

Y todos los indios entendidos, si fueran preguntados, afirmarán que este lenguaje es propio de sus antepasados y obras que ellos hacían.<sup>8</sup>

En paradójico contraste con esto, en tanto que muchos frailes se habían desentendido de la aportación de Bernardino, hubo otros que la consideraron peligrosa porque pensaron que en ella se preservaban creencias idolátricas y descripciones de los

<sup>8</sup> Sahagún, *Historia general*, I, 305-306.

antiguos ritos. Se sintieron por esto obligados a hacer denuncia de ella ante el Consejo de Indias. La consecuencia fue que Felipe II, por real cédula, ordenó en 1577 se confiscaran los papeles de Sahagún y se remitieran a España para su examen. Obedeciendo a lo mandado, envió éste una parte de sus papeles pero conservó otra.

El escándalo de sus opositores hubiera sido aún más grande si hubieran leído algunos de los encabezados puestos por Sahagún a varios de los capítulos de ese libro VI que “sus émulos” habían tenido por ficciones y mentiras. Así, respecto de varias de las oraciones en honor a Tezcatlipoca que allí transcribe, manifestó: “Es oración [en que] usan de muy hermosas metáforas y maneras de hablar”.<sup>9</sup> Y asimismo notó de otra: “Contiene sentencias muy delicadas”.<sup>10</sup>

Mayor perturbación pudo haber causado a sus émulos —si lo hubieran leído— lo que escribió Sahagún a propósito de los consejos de los padres nahuas a sus hijas: “Más aprovecharán estas dos pláticas dichas en el púlpito, por el lenguaje y estilo en que están (*mutatis mutandis*), que muchos sermones a los mozos y mozas.”<sup>11</sup>

Como puede verse, en su afán de adentrarse en la cultura de los nahuas, Bernardino llegó a interesarse en ella y apreciarla en sí misma. Sin proponérselo originalmente —puesto que su intención era descubrir las idolatrías para poder erradicarlas— llegó a percibir en la cultura sobre la que inquiría valores humanos que le parecieron dignos de admiración. Más aún, en casos como los de los mencionados discursos y el de la antigua forma de educación de los indígenas —para dar sólo dos ejemplos— los tuvo como superiores moralmente a sus equivalentes europeos.

Vida henchida de paradojas fue la suya y esto quiero hacerlo ver desde un principio. Curiosamente, como ya lo insinué, a las variadas y aun opuestas apreciaciones sobre su vida y obra, que se expresaron en su tiempo, han seguido otras hasta hoy. Proviene éstas sobre todo del desconocimiento de lo que fueron sus objetivos como misionero franciscano, pero a la vez de ignorar los

<sup>9</sup> *Ibid.*, I, 307.

<sup>10</sup> *Ibid.*, I, 316.

<sup>11</sup> *Ibid.*, I, 370.

cambios en su valoración de aspectos muy importantes de la cultura indígena, consecuencia de su prolongado contacto con ella. A esto se suman también posturas críticas que ponen en entredicho la autenticidad de por lo menos algunos de los testimonios reunidos por Sahagún. No ha faltado así quien haya escrito un libro para demostrar que los relatos que él allegó de labios de ancianos indígenas, testigos de la Conquista, fueron invención suya derivada de sus lecturas de textos bíblicos y medievales.

Al escribir aquí sobre su vida y obra he procurado, hasta donde he podido, ser objetivo. Tomo en cuenta los trabajos y pareceres de no pocos estudiosos, mexicanos, españoles, alemanes, norteamericanos, franceses, italianos, holandeses y otros, que desde hace varias décadas han hecho objeto de su atención el tema que aquí nos ocupa, aunque no han alcanzado a abarcar por completo la obra de Sahagún, en verdad compleja, ni a traducir del todo cuanto incluye en lengua náhuatl.

#### *Las copiosas aportaciones en torno a Sahagún y su obra*

El conjunto de trabajos de Bernardino, aunque fue objeto más bien pasajero de algunos estudios y aprovechamientos en el siglo XVI y principios del XVII, cayó luego en el olvido por largo tiempo. Sus escritos principales quedaron dispersos en varios lugares sobre todo de España e Italia. En México se conservaron copias de tan sólo una parte. Esas fueron las que aprovecharon hombres como el protomédico de Felipe II, doctor Francisco Hernández. Estuvo éste en tierras mexicanas de 1571 a 1577. El examen de varios trabajos suyos muestra que unas veces copió lo expresado por Sahagún y otras aprovechó sus noticias. Esto es patente en sus *Antigüedades de la Nueva España*.

Primerísima noticia sobre Bernardino y su obra dejó el cronista franciscano Jerónimo de Mendieta en su *Historia eclesiástica indiana*, concluida hacia fines del siglo XVI, pero que no se publicó sino hasta 1870. También el franciscano Juan de Torquemada en la crónica de crónicas que su fue su *Monarquía indiana*, aparecida en 1615, además de copiar lo expresado por Mendieta, incorporó numerosos fragmentos de lo reunido por Sahagún. En especial puede mencionarse lo que aprovechó de él al ocu-



parse de la Conquista. En forma paralela, aunque sin mencionar a Sahagún, también el cronista real Antonio de Herrera en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, tomó en cuenta sus testimonios sobre dicho enfrentamiento.

Otros tres autores mencionaré, que asimismo se valieron de los escritos de Sahagún. Fueron ellos el cronista de Chalco-Ameameca, Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, que con grande elogio se refirió a Sahagún; el criollo Juan Suárez de Peralta, que escribió sobre historia novohispana y el jesuita Horacio Carochi en su *Arte de la lengua mexicana* (1645) donde aduce como ejemplos algunos textos nahuas de Bernardino.

Después de ese limitado aprovechamiento, la obra de Sahagún sólo volvió a ser recordada por personas como los franciscanos Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova* (1672) y Agustín de Vetancurt quien en su *Teatro mexicano* (1698), notó que tenía consigo su *Vocabulario en tres lenguas* (náhuatl, latín y castellano). En el siglo XVIII, Juan José de Eguiara en *Bibliotheca Mexicana* y el veracruzano Francisco Xavier Clavijero en su *Historia* mencionan únicamente a Sahagún y sus escritos. Feliz acontecer fue que el cronista real Juan Bautista Muñoz redescubriera en 1783 en el convento franciscano de Tolosa, Navarra, una copia del texto en castellano de Bernardino intitulada *Historia universal de las cosas de Nueva España*, de cuya existencia había informado fray Juan de San Antonio desde 1736 en su *Bibliotheca Universa Franciscana*. A partir de esa copia, que luego pasó a la Real Academia de la Historia en Madrid, se publicaron en el siglo XIX las dos primeras ediciones de la *Historia* de Sahagún.

A paradoja suena que, de entre tantos textos saha-gunenses en náhuatl y castellano, sólo viniera a publicarse la dicha copia en la que había variantes respecto del manuscrito original. Aunque los dos personajes que sacaron a luz esas ediciones, se percataron de la importancia historiográfica de la obra, tuvieron asimismo otros intereses en sus respectivos empeños. Uno, el oaxaqueño Carlos María de Bustamante, había participado arduosamente en el movimiento que culminó en la independencia de México. Al publicar él en 1829 y 1830 su copia de la copia existente de la *Historia* de Sahagún —como lo había hecho con las obras de otros cronistas— la ofreció como valioso testimonio sobre la antigua cultura indígena. En su mente estaba el deseo de con-

traponerla comopreciado legado frente a lo español, con lo que México debía romper todo vínculo.

El otro temprano editor de la misma *Historia* fue el inglés Edward King, lord Kingsborough. Había emprendido éste la magna empresa de publicar en nueve grandes volúmenes un conjunto de códices indígenas y otros testimonios bajo el título de *Antiquities of Mexico*. Su vida, que se antoja una amarga novela, tuvo un trágico desenlace vinculado a dicha empresa ya que cayó en prisión al no poder cubrir el costo de la misma. El lord inglés estuvo motivado por difundir los más auténticos testimonios del pasado indígena de México, pero también por una creencia que otros, antes y después de él, compartieron. Kingsborough, de origen judío, se inclinaba a pensar que los indios americanos, y en particular los de México, descendían de las tribus perdidas de Israel. Lo escrito por Sahagún le parecía reforzar tal tesis y, en consecuencia, debía ser dado a conocer.

Si la obra de Bernardino es en muchos aspectos compleja, también lo ha sido la historia de su redescubrimiento, estudio y publicación. Varios distinguidos investigadores hubo hacia fines del siglo XIX y primeras décadas del XX que, contribuyeron grandemente a dar a conocer el significado de sus aportaciones. El primero en volver a llamar la atención hacia la persona y obra de Sahagún fue Alfredo Chavero que escribió una relativamente breve biografía del mismo y señaló a la vez la riqueza testimonial de su obra (1877). Poco después, en 1880, los franceses, Rémi Siméon y Edouard Jourdanet traducían al francés y publicaban en París la primera versión de la *Historia General* a otra lengua europea. El interés se acrecentó y en 1885 José Fernando Ramírez, meritorio historiador y poco venturoso político, en un artículo mostró que la obra del franciscano abarcaba mucho más que la *Historia* publicada por Carlos María de Bustamante. Y cabe recordar que varios años antes un italiano, Bernardino Biondelli, había publicado en Milán (1858) un *Evangeliarium* y *Epistolarium* para los domingos del año, en náhuatl y con texto pareado en latín, que atribuyó a Sahagún.

Más reveladoras fueron las aportaciones de Joaquín García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso, Daniel G. Brinton y Eduard Seler. Gracias a ellos, pudo percibirse mucho mejor en qué consistía la aportación sahanunense. García Icazbalceta, au-



xiliado por Del Paso, escribió sobre Sahagún en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, aparecida por primera vez en 1886. Tras describir allí la única obra que éste pudo ver publicada —la *Psalmodia cristiana*, en 1583— fue el primero en mostrar con notable acierto lo que fueron la génesis y amplitud de la obra de este franciscano. Una muestra de su riqueza la puso muy pronto de manifiesto Daniel G. Brinton con su edición y versión al inglés de los veinte himnos sacros recogidos por Sahagún. Como para resaltar el valor de tales textos, Brinton los sacó a luz en Filadelfia (1890) bajo el extravagante título de *Rig Veda Americanus. Sacred Songs of the Ancient Mexicans*.

Por ese mismo tiempo (1890), el sabio alemán Eduard Seler inició la serie de sus aportaciones sahadunenses con un amplio trabajo en que presentó textos nahuas con su traducción, acerca de “atavíos y atributos de los dioses”. De este modo la obra de fray Bernardino fue ya objeto de la atención de otros europeos no españoles, como había ocurrido poco antes con la edición francesa de la *Historia*. Seler continuó publicando otros textos recogidos por Sahagún (1892, 1899, 1904, 1927...), además de aprovecharlos en sus comentarios de códices y en otros trabajos.

Rescate de gran trascendencia realizó Francisco del Paso y Troncoso, que tanto había ayudado a García Icazbalceta como puede comprobarse acudiendo a dos muy extensas comunicaciones que le dirigió en 1884 (publicadas por primera vez en 1982 y 1983). Interesado Del Paso en poner al alcance de los estudiosos los manuscritos más antiguos en los que se conservan los textos nahuas de Sahagún, emprendió la tarea de reproducirlos en facsímile. Su empeño culminó con la aparición en la capital de España (1905-1907) de tres grandes volúmenes en los que se incluyeron los que hoy se conocen como *Códices matritenses*, del Real Palacio y de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Con dicha edición fue ya más fácil acercarse a la documentación más antigua, la mayor parte en náhuatl, contando con la cual Bernardino escribió su *Historia general de las cosas de Nueva España*. Esta, en náhuatl y castellano, había quedado incluida en el llamado *Códice Florentino* por encontrarse, después de distintos avatares, en la Biblioteca Mendicea-Laurenziana de Florencia. Con los trabajos de García Icazbalceta, Siméon, Jourdanet, Brinton, Seler y Del Paso, se abrió camino para la hasta

ahora no finiquitada tarea de conocer y aprovechar cabalmente cuanto logró Bernardino.

Dada la abundancia de los trabajos que se han realizado hasta el presente en torno a su obra, no es posible ni pertinente ofrecer aquí tan siquiera un elenco, de los mismos. Por ello atenderemos sólo a los más relevantes.

Interesa destacar la prosecución de estos estudios en Alemania. Debemos a Walter Lehmann (1949), Leonhard Schultze-Jena (1950-1952) y Eike Hinz (1978), ediciones de varios textos de los *Códices matritenses* y otros. Pueden mencionarse además algunas monografías, entre ellas una (1978) acerca de las formas de pensamiento como objeto de análisis epistemológico en los textos nahuas de los libros IV y VI de la *Historia general*.

En México los trabajos sahadunenses se reemprendieron por obra de Alfonso Toro (1924) y Wigberto Jiménez Moreno (1938, 1976). A éste se debió un penetrante análisis de los sucesivos ordenamientos con que fue estructurando Sahagún el conjunto de los materiales de su *Historia general*. Dicho análisis se incluyó en una nueva edición de ésta (1938) preparada por Joaquín Ramírez Cabañas. El mismo Jiménez Moreno publicó asimismo una traducción de los textos tocantes al ciclo de las fiestas en las veintenas del calendario nahua. Otra edición de la *Historia general*, siempre según el manuscrito de Tolosa, se debió al venezolano Miguel Acosta Saignes (1946) quien la enriqueció con amplios índices analíticos y pertinentes referencias bibliográficas.

Gracias a Angel María Garibay K., la persona y la obra de fray Bernardino polarizaron nuevas formas de atención. En su *Historia de la literatura náhuatl*, les reservó lugar muy destacado.<sup>12</sup> Poco después sacó otra edición de la *Historia general*, en la que incluyó la versión del náhuatl del libro XII, el de la Conquista, así como de otros textos. También dio entrada en dos volúmenes a los testimonios sahadunenses relativos a los *pochtecas* o mercaderes y a los *Veinte himnos sacros*. (1958-1959). Los discípulos de Garibay, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin y Thelma D. Sullivan prosiguieron en el estudio y traducción de otros textos nahuas incluidos en los *Códices matritenses* (1958, 1969, 1971,

<sup>12</sup> Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1953-1954, II, 63-88.



1972...). El primero de éstos, editó además en facsímile, con paleografía y versión castellana, el libro *Coloquios y doctrina cristiana* (1980). Puede tenerse además como innovación su aprovechamiento de los testimonios reunidos por Sahagún para describir determinados aspectos de la cultura de los nahuas en monografías de carácter histórico. De esto hay numerosas muestras en *Filosofía náhuatl* (1956), los *Antiguos mexicanos* (1961) y otros libros del mismo investigador, así como de Alfredo López Austin, Víctor Manuel Castillo y otros. Las pesquisas de López Austin han abarcado lo concerniente al método de investigación de Sahagún y sus aportaciones sobre materias médica y educativa (1974, 1975 y 1982). De interés es también mencionar la recopilación llevada a cabo por Ascensión Hernández de León-Portilla de diez importantes estudios sobre Sahagún y su obra (1990 y 1997). Fina percepción, desde la mira de un filósofo, es la lograda por Luis Villoro (1991) que muestra cómo Sahagún se compenetró con la cultura del Otro hasta donde ello fue compatible con su fe de misionero cristiano.

Lugar prominente ocupa en los trabajos sahadunenses la muy bien lograda edición facsimilar que, en 1979, apareció de los tres volúmenes que integran el *Códice Florentino*, bajo el patrocinio del Archivo General de la Nación. Con ella los estudiosos tienen la posibilidad de acceder en forma directa a este precioso manuscrito. Se debe a José Luis Martínez un texto descriptivo del contenido de dicho código (1982). Otro facsímile es el del “Breve Compendio de los ritos idolátricos”, enviado por Sahagún al Papa Pío V. Tal edición la preparó María Guadalupe Bosch de Souza (1990). Una contribución de Pilar Máynez Vidal, tocante a aspectos lingüísticos en la *Historia general*, merece ser mencionada aquí (1989).

La publicación del texto en castellano de la *Historia general*, no ya con base en el manuscrito más tardío de Tolosa, sino en el *Códice Florentino*, tal como lo hizo copiar Sahagún, ha sido otro paso en firme. Se ha debido él a Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, en tres ediciones (1982, 1988 y 1989). Un trabajo paralelo sacó a luz en España Juan Carlos Temprano (1990). Puede afirmarse que, gracias a esto, y a los varios facsímiles que he mencionado, es ya relativamente fácil acceder a lo más importante de la obra de Bernardino.

En los Estados Unidos también se despertó un cada vez más grande interés por las realizaciones sahadunenses. En 1932 Fanny R. Bandelier había traducido al inglés los cuatro primeros libros de la *Historia general*. Lugar de distinción ocupa la magna aportación de Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, editores, paleógrafos y traductores al inglés del *Códice Florentino*, presentación final de la *Historia general* en náhuatl y castellano. El trabajo de estos investigadores, aparecido en doce volúmenes entre 1950 y 1982, constituye una piedra miliaria en este campo. Anderson y Dibble han publicado además numerosos artículos en relación con Sahagún. A Anderson se debe en especial la primera edición del texto antes inédito de las *Adiciones y Apéndice a la Postilla y Ejercicio cotidiano* de Sahagún (1993), al igual que una versión al inglés de la única obra que vio publicada Bernardino, la *Psalmodia cristiana* (1993). Entre otros norteamericanos sahadunistas hay que mencionar al menos a Howard F. Cline (1971, 1973), Henry B. Nicholson (1973, 1974...); John B. Glass (1978) y Jorge Klor de Alva (1980, 1982 y 1988). Gracias a sus trabajos puede decirse que en el ámbito académico de su país “Sahagún llegó a ponerse de moda”. Aportación póstuma de una antigua discípula de Garibay y de quien esto escribe, me refiero a Thelma D. Sullivan, es su paleografía y versión inglesa del texto náhuatl de los que Del Paso llamó “Primeros memoriales” o sea los textos más antiguos recogidos por Sahagún. Tal contribución aparecida en 1997, siguió a la reproducción facsimilar de dicho manuscrito en 1993, Con ambas publicaciones se vuelven asequibles estos valiosos testimonios.

En España tampoco han estado ausentes Sahagún y su obra. Manuel Ballesteros Gaibrois ofreció una descripción, folio a folio, del contenido de los *Códices matritenses* (1962) y, más tarde, una biografía de Bernardino (1973), a la que luego atenderemos. A su vez, Jesús Bustamante García, además de otros varios estudios, publicó en 1990 *Fray Bernardino de Sahagún: revisión crítica de los manuscritos y de su proceso de composición*, que arroja nueva luz sobre lo que su título enuncia.

El elenco de contribuciones de tema sahadunense es en verdad impresionante. Frente a los pocos envidiosos, “émulos” que Bernardino tuvo en vida y luego en los tiempos modernos —recordemos que no hay cosa ni persona valiosas que no sean



atacadas— los trabajos de apreciación y aprovechamiento de cuanto él realizó, siguen siendo muy numerosos. Mencionaré sólo algunos elaborados en otros lugares. Ampliamente conocidos son los resultados de la investigación del francés Georges Baudot sobre aspectos antes no valorados de la biografía y los trabajos de nuestro fraile (1969, 1974, 1991...). Del italiano Giovanni Marchetti tenemos un pertinente estudio que intituló “Hacia la edición crítica de los manuscritos de Sahagún” (1987). A su vez, el holandés Rudolf van Zantwijk, que había tomado en cuenta los testimonios sahadunenses en varios trabajos suyos (1982, 1987...), ha publicado una versión a su lengua del libro XII del *Códice Florentino* (1991).

Varias son además las compilaciones de estudios en torno a este franciscano y su compleja y rica suma de aportaciones. Una la preparó y publicó (1974) Munro Edmonson que reunió en ella las ponencias presentadas por especialistas de varios países en un coloquio sobre Sahagún, celebrado en Santa Fe, Nuevo México. Otra la dispusieron Jorge Klor de Alva, Henry Nicholson y Eloise Quiñones Keber (1988) con colaboraciones sobre todo de norteamericanos. Ya se ha mencionado además la compilación editada por Ascensión Hernández de León-Portilla (1990 y 1997). Como puede verse, Bernardino a muchos años de su muerte tiene buena capacidad convocatoria.

### *Las biografías de Sahagún*

Puede afirmarse que en muchos de los trabajos que he citado no sólo las obras sino también la persona de fray Bernardino son objeto de apreciación. Muy especialmente ocurre esto en lo que, en relación con el mismo fraile, escribió Joaquín García Icazbalceta en su ya citada *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Además de estudiar allí con gran acierto el proceso de elaboración de la *Historia* de Sahagún, dejó en apretada síntesis la que puede considerarse como primera moderna biografía del franciscano en quien hoy reconocemos al gran pionero de la antropología.

Entrado ya el siglo XX, son cuatro las biografías propiamente dichas que de él se han escrito. La primera, teñida de afecto

hacia el fraile investigador, se debió al español transterrado en México, Luis Nicolau D'Olwer. Aparecida en 1949, ha sido traducida al inglés y publicada en 1987 con prefacio de quien esto escribe. Su título es bien sencillo *Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)*. Nicolau D'Olwer quiso poner en claro desde un principio que escribió acerca de él porque

descuella Sahagún, creador del método de investigación antropológica y primera autoridad en cuanto se refiere a la cultura y a la religión azteca.<sup>13</sup>

En once capítulos estructuró su biografía. Los nueve primeros, redactados con exposición concisa y de fácil lectura, presentan el curso de la existencia de fray Bernardino desde su niñez en España hasta sus últimos días en México. Nicolau conjuga el estilo literario de quien escribe un relato biográfico con el proceder del investigador de la historia.

Los tres últimos capítulos se apartan ya del enfoque biográfico y se dirigen a analizar el método de trabajo de Sahagún, las bases ideológicas de su *Historia* y lo que debió ser su postura ante las realidades de la Nueva España en cuyo contexto actuó. El libro concluye reconstruyendo el largo proceso de exhumación—redescubrimiento y estudios—de la *Historia general de las cosas de Nueva España* con cuanto en ella está implicado, es decir los varios manuscritos en náhuatl hasta llegar a su versión castellana. Ésta, como bien lo notó Nicolau, aun sin ser un conocedor del náhuatl,

no es una traducción literal, sino una interpretación abreviada del texto náhuatl [...]. A veces Sahagún interrumpe la traducción, se separa de “la letra”, como llama al texto original; diríamos que se enfrenta con él y, llevado de su celo religioso execra la idolatría y sus ritos. En estos momentos, así como en ciertas digresiones y en los prólogos, en suma, siempre que Sahagún habla por sí mismo, apreciamos su estilo personal: pausado, sencillo, sobrio.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Luis Nicolau D'Olwer, *Bernardino de Sahagún (1499-1590)*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1952, 13.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 142-143.



Esta primera biografía *in extenso* de Bernardino, aun cuando su autor obviamente no pudo tomar en cuenta aportaciones muy importantes —de las que ya he hecho mención aparecidas después de 1949—, mantiene lugar muy destacado en los estudios sahadunenses. Fue ella también oportuno señalamiento de lo mucho que quedaba por estudiar si se quería acceder en plenitud a la magna aportación de este franciscano. Hoy, a medio siglo de su publicación, vemos que se han alcanzado algunas de las metas que Nicolau con acierto marcó.

Concebida con propósitos muy distintos apareció en 1973 *Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún*, por Manuel Ballesteros Gaibrois. Pensó éste que, “después del libro de [Nicolau] D’Oliver, nadie debería intentar una nueva biografía del franciscano, sino reproducirla, reeditarla simplemente”.<sup>15</sup>

Ballesteros explica enseguida la razón de su trabajo: “hacer conocer una de las grandes cimas de la ciencia española, desconocida [...] de casi todos, especialmente en España”.<sup>16</sup> Dicho en otras palabras, su intención fue hacer divulgación para conocimiento y también reconocimiento de lo aportado por quien, a su parecer —que es también el de muchos— debe ser tenido como iniciador del saber antropológico en el Nuevo Mundo.

Parte Ballesteros de una somera visión de las realidades culturales y sociales del “Viejo y Nuevo Mundo al momento del contacto”. Como lo hizo Nicolau, distribuye luego su exposición en dos partes. La primera versa sobre la vida misma de Sahagún, aunque dando entrada al asunto de sus pesquisas sobre el mundo náhuatl. La segunda se circunscribe a lo que califica de “ciencia y obra de Bernardino de Sahagún”. Puede decirse en resumen de este trabajo que es obra de divulgación, aunque avalada por alguien que se había acercado, a partir de la elaboración de su tesis doctoral, a la figura de este fraile y al rico conjunto de los testimonios en náhuatl recogidos por él. En esto último difiere, favorablemente, del trabajo de Nicolau quien, por desconocer la lengua indígena, no pudo aproximarse directamente a “las escrituras” del franciscano.

<sup>15</sup> Manuel Ballesteros Gaibrois, *Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún*, León, Institución fray Bernardino de Sahagún, 1973, 11.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 12.

*Bernardino de Sahagún, primer antropólogo en Nueva España (siglo XVI)* es el título de la biografía publicada en 1986 por Florencio Vicente Castro y J. Luis Rodríguez Molinero.<sup>17</sup> Muy influida por las dos que se han descrito, establece también una división entre la secuencia de la vida de Bernardino y la gestación y culminación de la *Historia general* en náhuatl y castellano.

Aportación desde luego estimable, es ella nueva forma de divulgación sobre Bernardino y su obra. Aunque los autores no son conocedores del náhuatl ni del caudal de los códices y otras fuentes, con su trabajo han contribuido a avivar en España el interés por lo que significa la sola mención de Bernardino de Sahagún.

### *La biografía que aquí ofrezco*

Teniendo presentes todas estas contribuciones cabe preguntar ¿qué aporta esta biografía? Aunque guarda relación con la que publiqué en Madrid (1987),<sup>18</sup> puedo afirmar que es una obra diferente. En aquélla di entrada a una más detenida descripción de los entornos —España y México— en que vivió Sahagún, y a ciertos aspectos poco conocidos de sus aportaciones. Pero, más allá de esto, quise destacar su papel protagónico en las pesquisas tocante a la antigua cultura de los indígenas de la Nueva España.

La presente, nueva biografía de Bernardino —reiteraré que es distinta en mucho de la anterior— aparece enriquecida de doble manera. Por una parte, en ella tomo en cuenta las aportaciones de investigadores que han atendido a Sahagún y su obra durante la última década. Por otra, describo con más pormenores los entornos y circunstancias en que transcurrió la existencia de Bernardino en España y México. A diferencia de las biografías antes mencionadas, en ésta no establezco una separación entre el acercamiento a la vida de Bernardino y el largo proceso de gestación de sus obras, en particular la *Historia general*. Sobre esto

<sup>17</sup> Florencio Vicente Castro y J. Luis Rodríguez Molinero, *Bernardino de Sahagún primer antropólogo en Nueva España (siglo XVI)*, Universidad de Salamanca, 1986.

<sup>18</sup> Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún*, Madrid, Historia 16, Quorum, 1987.



incluyo testimonios, algunos originalmente en náhuatl o en latín, antes nada o poco tomados en cuenta. Añadiré que doy asimismo entrada a cuestionamientos que se han hecho al método de investigación y valor de los textos que reunió Sahagún. Me fijo en tales cuestionamientos, no precisamente en plan apologético sino a la luz de una apreciación crítica en busca de objetividad.

A pesar de cuanto se ha trabajado sobre Sahagún y su obra, fuerza es reiterar que ésta no ha sido abarcada y dada a conocer plenamente. Bernardino es en cierto modo el responsable de ello. Sus escritos no sólo son complejos por la diversidad de temas que comprenden: lingüísticos, de carácter doctrinal cristiano y testimonios de la cultura prehispánica. Quizás el meollo de su complejidad se derive de que, por varios motivos, hubo él de hacer y rehacer casi todos sus escritos, cambiando unas veces su concepción y planes originales y, otras, enmendándolos, enriqueciéndolos y en fin de cuentas modificándolos.

De tales cambios y sus propósitos da cuenta el mismo Bernardino en las reflexiones y diversas anotaciones que intercala aquí y allá en la *Historia general*. Gracias a esto, y en menor grado a testimonios de otros frailes cronistas y a documentos que hablan de él, intentaré ahondar más en su pensamiento y sentir, en su afán de comprensión de la cultura indígena. En su sentir frente a ésta afloró una cierta ambivalencia. Dijo que se proponía investigar “las cosas humanas, naturales y divinas” del México antiguo y, corrigiéndose de inmediato, añadió “o por mejor decir idolátricas”.

A medida que se adentró en su búsqueda e identificación de la enfermedad “de la idolatría”, se fue sintiendo cautivado, no ya sólo por los secretos y riqueza de la lengua indígena, sino por la cultura misma de esos mexicanos “entre los cuales los sabios, retóricos, virtuosos y esforzados eran tenidos en mucho [...], devotísimos para con sus dioses, celosísimos de sus repúblicas, entre sí muy urbanos”.<sup>19</sup>

Comenzó él a inquirir como fraile misionero para detectar la enfermedad de la idolatría. Atraído por el objeto de sus pesquisas, prosiguió hasta hacer suyo un nuevo método de investigación, que en los tiempos modernos le ha merecido el título de pionero de la antropología. En su época, sin embargo, su

<sup>19</sup> Sahagún, *Historia general*, I, 305.



actuación habría de acarrearle incomprendiones, envidias y abiertas hostilidades. Vida larga fue la suya, fecunda por no decir fecundísima en razón de sus aportaciones, pero no exenta de zozobras y aun angustias. Bastará con anticipar que, en sus postreros años, se vio excomulgado por un padre comisario de actuación tan poco fraternal como jurídicamente absurda.

De su biografía espiritual y su magna obra, tratará este libro. Lo hasta aquí expuesto deja ya entrever el interés que puede tener aproximarse a su persona y sus quehaceres. En lo que a mí concierne manifestaré que, a lo largo de más de cuarenta años, he dedicado mucho tiempo a sus trabajos. Entre otras cosas, he traducido al castellano algunos de los textos que recogió en náhuatl.

Como primer paso nos concentraremos en lo que fueron su vida y formación en el ambiente de efervescencia cultural de la España renacentista. La atención se dirigirá luego a lo que fue para Sahagún su encuentro con el Nuevo Mundo y sus primeras maneras de actuación en México en medio de grandes enfrentamientos entre grupos de españoles, incluyendo a los frailes de su Orden. Buena parte del libro versará enseguida sobre su magno proyecto, que incluyó investigaciones lingüísticas y transvase conceptual del evangelio y doctrina cristiana al contexto indígena, con ribetes de enfoque renacentista e influencias milenaristas. Como aportación esencialmente relacionada con los anteriores propósitos, se tornará presente su rescate de antiguos textos y otros testimonios indígenas. A esto se dedicarán no pocas páginas puesto que constituye el meollo de su máxima aportación. Con enfoque crítico hurgaremos allí en el origen y autenticidad de los relatos, discursos, himnos sacros, descripciones de fiestas y otras expresiones de la palabra en náhuatl, respondiendo así a los modernos cuestionamientos acerca de lo que hizo transcribir Sahagún como fruto de sus investigaciones.

Los postreros años de su larga vida, con más trabajos, sinsabores y esperanzas, recibirán también la atención que merecen. El acercamiento concluirá con una valoración del legado saha-gunense: su obra a la luz de lo que fue en su momento y en nuestro propio tiempo.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS